▪ PREPARACIÓN ▪

MENSAJE A TRANSMITIR

Jacinto Vera, el primer obispo del Uruguay, fue ejemplo y testimonio de amor a Cristo y de evangelización en nuestra tierra.

OBJETIVOS

Presentar a Jacinto Vera.
Compartir una anécdota de su vida.
Jacinto Vera, misionero, anunciador de la Buena Noticia.

▪ DESARROLLO ▪

Bienvenida y oración

Comenzamos el encuentro con una oración.

Juego- dinámica

Juego de distancias. En el material que se entregará a los niños estarán marcadas las diferentes capitales del país. El catequista deberá tener a mano las distancias entre las ciudades, para poder trabajar las respuestas con el grupo. Se plantean las siguientes preguntas: ¿Cuántos kilómetros hay de Montevideo a Artigas, Salto, Mercedes, etc.? ¿De qué maneras puedo ir? ¿Cuánto me llevaría dependiendo del medio de transporte?

Síntesis: Con todas las rutas que tenemos y el acceso a medios de transportes diferentes hoy podemos acortar mucho los tiempos entre las distancias señaladas. En la época de Jacinto no era así, el medio de transporte era a caballo, carreta, diligencia. Jacinto Vera recorrió todo el país a caballo, su espíritu misionero para llevar la Buena Noticia era incansable.

Breve biografía de Jacinto Vera
Jacinto nació en 1813, y fue un niño "gaucho". A los diecinueve años, luego de participar en unos ejercicios espirituales, se sorprendió al descubrir que sentía la necesidad de ordenarse sacerdote. Como provenía de una familia pobre, pero decidida a apoyarlo en su vocación, con grandes esfuerzos propios, de sus padres y hermanos, consiguió cursar el seminario en Buenos Aires, donde se destacó por ser un estudiante brillante. Fue ordenado sacerdote en 1841, y regresó a su patria destinado a ayudar en la Parroquia de Guadalupe (hoy Canelones). Con distintos títulos, allí permaneció hasta que en 1859 lo nombraron Vicario Apostólico del Uruguay. En el año 1861, una vez más debió trasladarse a Buenos Aires, en esta ocasión desterrado por defender la independencia de la Iglesia frente al Gobierno. Retornó a Uruguay un año después, aclamado por su pueblo. Finalmente, en 1878, fue designado por el papa como primer Obispo de Montevideo.

Laura Álvarez Goyoaga

Actividad

Leemos y comentamos el cuento con el relato de una anécdota que recuerdan los contemporáneos de Don Jacinto, la cual es representativa de la personalidad de nuestro obispo gaucho.

Recuerdo que el obispo era muy bondadoso; cuando yo le veía por la calle corría a besarle el anillo. Él me acariciaba la mejilla, con mucho cariño. Sonriente, le tendí un atado de tela negra que traía arrollado en la mano.

-Yo misma se lo bordé.
Don Jacinto lo desdobló con cuidado.
-Es un gorro –dijo.
-De terciopelo –confirmé yo. Lo había bordado con torpeza infantil y algo de ayuda, era cierto, pero también con enorme ilusión.
-¡Perder el tiempo en bordar un gorro a un pobre viejo!
-Como dice mi abuela, usted es un santo.
-¡Entonces hará un milagro para que podamos poner algo a la mesa cuandolleguen los invitados al almuerzo! –se oyó desde adentro la voz del cocinero.

Intrigada, seguí al obispo al interior de su casa, bastante más modesta que la mía o la de mis abuelos. Tenía pocos muebles, muy sencillos. Dormía en una desvencijada cama de hierro, remendada con barrotes de metal atravesados y trozos recortados de alfombras viejas. La misma que muchos años atrás, cuando era Párroco de Canelones, una buena señora le había regalado.
Así de austero era don Jacinto. Vestía con sencillez y circulaba a pie o en tranvía por la ciudad. Por su humildad, y por todas sus otras virtudes muchas personas, como mi abuela y mis padres, lo consideraban un santo. Era común que en la calle se arrodillaran al verlo, o que los demás pasajeros se pusieran de pie si subía a un tren. Amable con todo el mundo, siempre de buen humor, el obispo se acercaba a sus fieles, recorría las camas de los hospitales, visitaba cárceles y asilos.
-Vas a tener que arreglarte con los dos pesos que me quedan en el cajón –admitió al cocinero.
Tras abrir la alacena con la pequeña llave colgada en la puerta, se quedó pensativo.
-¿Qué pasa? –quiso saber el otro.
-Los dos pesos no están. Recién me acuerdo que los di de limosna –informó el obispo.
Yo tuve que ponerme la mano delante de la boca, para disimular la risa. En ese momento, recordé una historia que me contaba la abuela: ella decía que hacía muchos años atrás, cuando don Jacinto recibió la noticia de que lo nombraban vicario, tenía puestos calzoncillos debajo de la sotana, porque había regalado sus únicos pantalones a un vecino necesitado. ¿Se imaginan al cura sin pantalones?
-¿Qué vamos a cocinar si no tenemos nada? ¡Que todo se lo ha dado a los pobres! –se ofuscó el cocinero.
-A los pobres no les fían, y a nosotros sí.
-¿Qué hacemos? ¡Dígame, que lo escucho!
-No te aflijas. Dios proveerá. El Señor, que no deja morir de hambre a los pajaritos, no nos dejará pasar necesidad a nosotros.
El cocinero, incrédulo, sacudió la cabeza.

-Puede pasarse el día citándome las Escrituras, pero con eso no vamos a poner pan a la mesa...

Dos toques de campana interrumpieron su protesta: alguien llamaba a la puerta. Miró desconcertado a don Jacinto, quien con un gesto le indicó que atendiese. No demoró más que unos minutos en regresar con una gallina en cada mano, y el asombro más genuino pintado en el rostro.
-Es un regalo de doña Antonia Etchenique.
El obispo me miró, y los dos nos reímos.
-Eso es para que creas. Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? –dijo.

Don Jacinto Vera
El misionero de los niños

Síntesis: Hacemos énfasis en su bondad, sencillez y su confianza en Dios.

Dios nos habla

Mt 6, 28-33. Lectura y comentario

¡Qué hermoso es esto! ¡Dios no se olvida de nosotros! ¡De ninguno de nosotros! Con nombre y apellido. Nos ama y no se olvida. ¡Qué hermoso pensamiento! Esta invitación a la confianza en Dios encuentra un paralelismo en la página del Evangelio de Mateo: "Mirad las aves del cielo -dice Jesús-: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. (...) Observad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos".

Pensando en tantas personas que viven en condiciones de precariedad, o incluso en la miseria que ofende su dignidad, estas palabras de Jesús podrían parecer abstractas, si no ilusorias. ¡Pero en realidad son más que nunca actuales! Nos recuerdan que no se puede servir a dos amos: Dios y la riqueza. Mientras cada uno busque acumular para sí, jamás habrá justicia. Tenemos que oír bien esto. Mientras cada uno busque acumular para sí, jamás habrá justicia. Si en cambio, confiando en la providencia de Dios, buscamos juntos su Reino, entonces a nadie le faltará lo necesario para vivir dignamente.

Un corazón ocupado por la furia de poseer es un corazón lleno de esta furia de poseer, pero vacío de Dios. Por eso Jesús ha advertido varias veces a los ricos, porque en ellos es fuerte el riesgo de colocar la propia seguridad en los bienes de este mundo. En un corazón poseído por las riquezas, no hay más espacio para la fe. *(S.S. Francisco, ángelus del 2 de marzo de 2014)*

Mi respuesta

Dibujo lo que más me gustó de la lectura o algo de la anécdota de Jacinto.

Oramos y celebramos

Rezamos una oración por Jacinto Vera próximos a su beatificación que será el 6 de mayo en el Estadio Centenario.

En familia

Concurrimos a su beatificación el 6 de mayo en el Estadio Centenario.

EVALUACIÓN

¿Se cumplieron los objetivos? Indicadores
¿Cómo veo al grupo y a cada integrante?
¿Qué debo tener en cuenta para el próximo encuentro?

¿Qué es una beatificación y una canonización?

La canonización es un acto solemne del magisterio ordinario pontificio que se extiende a toda la Iglesia y obliga a todos los católicos a creer en ella.

Por: Vicente Cárcel Ortí | Fuente: Catholic.net

La declaración de santidad podemos decir que es tan antigua como la misma Iglesia. En los primeros siglos esta declaración se hacía de una manera sencilla y casi espontánea respecto a los mártires, y luego también respecto a los confesores y a las vírgenes. Brotaba del sentido de la fe del pueblo, de la vox populi, que luego era aceptada por la jerarquía de la Iglesia. Los primeros papas y los cristianos que murieron víctimas de las persecuciones que los emperadores romanos desencadenaron contra ellos hasta principios del siglo IV fueron reconocidos como mártires. El Concilio Vaticano II explica esta actuación de la Iglesia en la Lumen gentium, n. 50.

Con el paso del tiempo ha evolucionado el proceso para la declaración de santidad. A partir del siglo X se pedía con frecuencia la aprobación del Papa, y desde el siglo XIII se reservó exclusivamente a él. Los papas Urbano VIII y, sobre todo, Benedicto XIV en el siglo XVIII, establecieron las normas que han de seguirse en las dos fases de que consta la declaración de santidad: la beatificación y la canonización, ambas reservadas al romano pontífice.

Para hacer una aclaración objetiva sobre las consecuencias que una cosa y otra -la beatificación y la canonización de un cristiano- entrañan para la vida de cada uno de nosotros, nada mejor que analizar el ritual de cada uno de estos actos, y la praxis oficial de la Congregación para el Culto Divino en la regulación del culto, sin entrar en la diversidad de prácticas canónicas que han existido, a través de la historia de la Iglesia para estas cuestiones, limitándose estrictamente textos actuales.

Todos tenemos experiencias de personas que suscitan, incluso en vida, nuestra admiración veneración. Muchos recordamos en nuestras diócesis, ciudades o pueblos, personas concretas, tanto religiosos como seglares que, según la opinión general de la gente vivieron como santos y decimos de ellos: fue un "santo". En otros casos, la veneración queda más reducida al grupo de los que conocen directamente a la persona; es el caso de los fundadores de una congregación religiosa.

En otros casos, además, está el hecho de los cristianos que han manifestado su fe con la donación de su vida a la causa del Señor: son los mártires.

Es normal que este sentimiento que se tiene en vida hacia una persona se quiera mantener después de la muerte. Al fin y al cabo, el recuerdo es una de las cosas que todos deseamos, y la Sagrada Escritura lo considera como una de las características del justo: «El justo será siempre recordado».

De aquí puede nacer simplemente el mantenimiento cordial del recuerdo entre los conocidos, como hacemos con las personas de nuestra familia, o puede nacer -si el recuerdo es notable y extenso- el de que sea conservado de una manera pública en la Iglesia.

Así se origina el proceso a través del cual se espera que se pueda llegar a que el cristiano que se recuerda sea propuesto oficialmente como testimonio de vida cristiana.

¿Qué es, pues una «beatificación»? Es una primera respuesta oficial y autorizada del Santo Padre a las personas que piden poder venerar públicamente a un cristiano que consideran ejemplar, con la cual se les concede permiso para hacerlo. La fórmula se dice precisamente en respuesta a la petición hecha por el obispo de la diócesis que ha promovido el proceso. La «beatificación» no impone nada a nadie en la Iglesia. Pide, eso sí, el respeto que merece una decisión del Papa, y el que merece la piedad de los hermanos cristianos. Por esto la memoria de los beatos no se celebra universalmente en la Iglesia, sino solamente en los lugares donde hay motivo para hacerlo y se pide. Incluso en estos casos, excepto cuando se trata del fundador de una congregación, o de un patrono, o de la Iglesia donde está enterrado, la memoria es siempre libre y no obligatoria, para respetar el carácter propio de la beatificación. La fórmula de la beatificación puede proclamarla otro distinto del Papa, por ejemplo, un cardenal, en nombre suyo.

Para la beatificación de un mártir luego de la declaración de las virtudes heroicas es suficiente la declaración oficial de su martirio por parte de la Iglesia, por ello no se requiere el milagro, que, en cambio, se exige para la canonización.

Para la beatificación de Don Jacinto Vera se estudió detenidamente su vida, se comprobó al fama de santidad, el papa declaró la heroicidad de las virtudes el 6 de mayo de 2015 por lo que fue declarado Venerable. Más tarde se estudiaron varias gracias obtenidas por su intercesión y finalmente el 17 de diciembre de 2022 el papa aprobó una de ellas con carácter de milagro lo que habilitó su beatificación. El 6 de mayo un cardenal enviado por el papa presidirá la celebración de la beatificación que se realizará en Montevideo.